

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez
Homilía

CONSAGRACIÓN EPISCOPAL DE
MONS. MIGUEL OLAORTUA LASPRA, O. S. A.,
COMO OBISPO DE IQUITOS (PERÚ)

Consagración episcopal de Mons. Miguel Olaortua Laspra, O. S. A., como obispo de Iquitos (Perú)

16 de abril de 2011

Agradezco cordialmente la invitación del P. Miguel para presidir la celebración de su ordenación episcopal. Conocí a Mons. Olaortua durante el tiempo de mi ministerio episcopal en esta querida Diócesis de Bilbao, cuyo recuerdo entrañable me acompaña siempre. Saludo con afecto y gratitud al señor Nuncio de su Santidad Benedicto XVI, al obispo dimisionario D. Julián y a D. Mario, obispo de Bilbao y amigo. Saludo al P. General y al vicario de Iquitos, a los sacerdotes y a todos los hermanos y hermanas en el Señor. Aprovecho esta oportunidad para pasar nuevamente por el corazón los años pasados con vosotros.

Obispo incardinado en la sucesión apostólica

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo» (Jn 15,9). «Como el Padre me ha enviado, así os

Señor de ir al mundo entero para anunciar el Evangelio. El Vicariato Apostólico de Iquitos fue encomendado hace más de un siglo a los religiosos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas de la Orden de San Agustín. A la misma Provincia perteneció el beato P. Anselmo Polanco, nacido en Buenavista de Valdavia (Palencia), que fue obispo de Teruel y padeció el martirio el 7-2-1939. Había recibido la ordenación episcopal en la iglesia de los Agustinos Filipinos de Valladolid, siendo arzobispo Mons. Remigio Gandásegui, nacido en Galdácano. ¡Que interceda por nosotros el bendito P. Anselmo Polanco, con quien nos unen lazos de familia espiritual, de cercanía en el tiempo y el espacio, de admiración y de gratitud!

Referido a todo misionero, pero de forma especial a un obispo, podemos leer en el Decreto conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia unas palabras muy cálidas y exigentes: «*El enviado entra en la vida y misión de Aquel que se anonadó tomando forma de siervo (Flp 2,7); por eso, debe estar dispuesto a perseverar toda la vida en su vocación, a renunciar a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces y hacerse todo para todos (cf. 1Co 9,22). El que anuncia el Evangelio a las gentes debe dar a conocer con confianza el misterio de Cristo, cuyo legado es, de modo que se atreve a hablar de Él como conviene (cf. Ef 6,19 ss.; Hch 4,31), sin avergonzarse del escándalo de la cruz. Siguiendo las huellas de su Maestro, manso y humilde corazón, debe manifestar que su yugo es suave y su carga ligera (cf. Mt 11,29 ss.). En una vida realmente evangélica, con mucha paciencia, con longanimidad, con suavidad, con caridad sincera (cf. 2Co 6,4 ss.), debe dar testimonio de su Señor, si es necesario, hasta el derramamiento de la sangre. Pedirá a Dios fortaleza y valor para conocer la abundancia de gozo que se encierra en la experiencia intensa de la tribulación y de la suprema pobreza (cf. 2Co 8,2)».* (Ad gentes, 24). Aunque parezca paradójico, son compatibles en la misma persona la cruz y la alegría, la persecución y la bienaventuranza, ya que su Maestro fue crucificado y está vivo para siempre.

«*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados*» (cf. Lc 4,18 ss.). «*Toma parte en los duros trabajos del Evangelio*». «*No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor Jesucristo*». Nuestro Salvador destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal por medio del Evangelio (cf. 2Tm 1,8-10). En la comunión con Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros (cf. 2Co 8,9), y siendo Señor se

vosotros, pero soy condiscípulo vuestro en esta escuela bajo aquel único Maestro» (Enarrationes in Psalmos, 126, 3).

Con vosotros cristiano, para vosotros obispo; para vosotros vigilante, con vosotros custodiado por quien vela sobre Israel; para vosotros maestro, con vosotros condiscípulo; para vosotros pastor, con vosotros apacentado por el único Pastor. Los obispos no debemos nunca ni olvidar la fraternidad cristiana, ni abdicar de la autoridad ministerial, que es un auténtico servicio. Ambas dimensiones coexisten y se refuerzan mutuamente. Querido amigo Miguel, pido para ti algo elemental: que seas un buen cristiano, un buen obispo, un buen agustino. Toda nuestra existencia se va recapitulando progresivamente a medida que asumimos el pasado y nos abrimos al futuro que sólo el Señor de la historia puede garantizar. Sin dejar de ser el Señor y el Maestro, Jesús estuvo en medio de los suyos como el que sirve (cf. Lc 22,27). Esta es nuestra tarea, esta es nuestra esperanza, esta es nuestra gloria.

Querido hermano, sé bienvenido al colegio episcopal, participa del consuelo de la fraternidad en el ministerio, comparte la sucesión apostólica para transmitir la Tradición recibida del Señor a través de los Apóstoles, recibe el carisma de la verdad del Evangelio en la ordenación sacramental.

¡Que Santa María la Virgen, por quien nos vino el Hijo de Dios, te acompañe siempre para que nazca y se afiance por la fe el Señor Jesucristo en quienes se beneficiarán directamente de tu servicio apostólico!